

realización (128). Lo primero, entonces, es ofrecer un tratamiento de la CP en la que consiste la IP y después un tratamiento funcional acerca de qué criaturas cuentan como personas (129). No hay por lo tanto parroquialismo, y en el caso del MTEC la decisión acerca de quién es la persona original, si la del cerebro original o la que tiene el MTEC, no tiene ninguna preferencia por alguna de las dos porque lo que importa aquí es la preservación de las actitudes psicológicas y ninguna consideración metafísica provee razones válidas para establecer ningún parroquialismo.

En su réplica, Swinburne deja ver una estatura menor. Sin poder argumentativo, se contenta con decir que la CP solamente es evidencia falible de lo que es la IP que está más allá de ella. Este realismo tan crudo no recibe apoyo suficiente para hacerlo creíble. Luego se limita a decir que el argumento de la serie kantiana de sustancias sólo es una posibilidad lógica, no fáctica (135). Finalmente, rechaza la teoría funcional de los EM y cita para ello el caso del espectro invertido (136-8) sin advertir que el propio Shoemaker ha mostrado que tal caso es compatible con un tratamiento funcional de los EM. En realidad una teoría tan compleja y rica en consecuencias como la de Shoemaker merece un adversario de verdad, es decir, alguien con suficiente filosofía para presionar todas esas tesis y sus interrelaciones.

En su réplica a Swinburne, Shoemaker hace gala de su dominio del tema y después de señalarle varios errores sustanciales y aclarar la diferencia entre varias tesis que Swinburne fusiona y confunde, concluye con lo que a mi parecer es el error fundamental de filósofos como Swinburne, a saber, piensan que la IP es un hecho contundente con el cual pueden ofrecer respuestas tajantes a todo caso difícil, dudoso o indeterminado, poniéndolo más allá de todo hecho, es decir, de toda consideración lógica o empírica, y de toda evidencia, tan sólo apelando a la pura noción de IP (152). Ésta que podemos llamar la ilusión realista es algo que está en la base de toda mala metafísica y a la cual, sin duda alguna, Kant señaló deficiencias fundamentales.

ENRIQUE VILLANUEVA

Gordon Nagel, *The Structure of Experience: Kant's System of Principles*, The University of Chicago Press, 1983, viii + 283 pp.

El tema de este libro es una interpretación de las tesis de Kant acerca de la naturaleza de los individuos o particulares y de nuestro pensamiento y conocimiento de ellos.

Nagel defiende las doctrinas de Kant frente a las interpretaciones recientes de filósofos como J. Bennett o R. Walker. Nagel no disputa el

título de "idealismo trascendental" para las doctrinas de Kant, pero enfatiza su aspecto objetivo, o incluso realista. Pero Nagel no solamente defiende el carácter de las tesis de Kant frente a sus intérpretes, sino que piensa que nada hay de superfluo o desubicado en los argumentos de Kant y se esfuerza por convencernos de que todo lo que dice Kant en el sistema de los principios es correcto y pertinente, aun a riesgo de abrumarnos con una prosa abundante y machacona.

Me concentraré en la tesis de Kant de que nuestro pensamiento de los individuos o particulares requiere que los concibamos como anticipados en el tiempo, pero con permanencia, y estructurados causalmente. Nagel interpreta a Kant como un filósofo que rechaza que podamos tener un concepto de objeto que llegue a contar como cosa física si no incluimos en él la idea de algo permanente, la idea de propiedades o disposiciones y la idea de causalidad. Nagel se ocupa de mostrar escrupulosamente cómo estos componentes encuentran su común raíz metafísica en la intuición del tiempo. La dificultad estriba entonces en establecer esas tres necesidades condicionales. Veamos primero lo que concierne a la permanencia. Nagel enfrenta la crítica de Walker (p. 137) según la cual Kant se excede al exigir permanencia cuando lo único que necesita es la regularidad o el acuerdo de los observadores para poder determinar relaciones objetivas temporales que a su vez permitan la identificación y re-identificación de particulares. Nagel replica diciendo que Walker no toma en cuenta que Kant quiere explicar nuestra experiencia de continuantes y en tal caso es necesario "conocer, primero, que las cosas duran o permanecen" (p. 138). Sin embargo, esto no parece probar que se necesite algo permanente sino solamente algo que perdure hasta cierto punto. Tampoco establece el tipo de conocimiento que se requiere. Finalmente, su concepto de lo permanente como un asiento de las disposiciones o capacidades del objeto, aun cuando prometedor, no logra disipar la sospecha de una caja negra que solamente encierra *virtus dormitiva*.

Conforme avanzan las páginas de los capítulos cinco y seis nos percatamos de una imagen conforme a la cual tenemos que aceptar algo permanente donde radican las propiedades o disposiciones de la cosa o particular que son las que explican las relaciones causales y la interacción de particulares y, con ella, la distinción entre dos rutas hacia los particulares, una objetiva y una subjetiva. Nagel se ayuda de ejemplos como el de la percepción de una cosa (objeto permanente) y la percepción de un barco (objeto dinámico). En el primero la regla para percibirlo no señala una dirección, en el segundo sí. Nagel no usa la terminología de estadios-cosa, pero su sugerencia —nunca bien expresada— es que al percibir una cosa, sus elementos están causalmente estructurados, esto es, las propiedades que tiene la cosa y sus disposiciones resultan en una unidad que solamente puede explicarse en virtud de la causalidad que las estructura (cfr. pp. 163-4; y p. 174 y ss.). El cargo de circularidad aparece y Nagel piensa que debe rechazarlo y que puede hacerlo distinguiendo entre la

experiencia y la teoría filosófica de la experiencia (p. 169), y llega a hablar de una curva retroalimentadora. La dificultad está en que el círculo se da en un nivel metafísico y aun cuando epistemológicamente tengamos dos o más niveles, esto no disipa la circularidad que envuelve a las tres nociones.

Nagel ataca correctamente el monadismo de Leibniz como una per-versión del problema de los continuantes y una no-solución al mismo (pp. 169-171). Kant enfrenta el mismo problema que Leibniz y jamás lo abandona, por el contrario, asegura la particularidad de los continuantes y su integración en un mundo nómico de la materia. Lo que no es claro que asegure es la realidad y objetividad de esa materia así integrada. De ahí concluye Nagel que "la Analítica de los Principios tiene más sentido que la réplica de Kant a Leibniz, y que una réplica incitada por consideraciones que se originan en Hume" (p. 187). Ésta es una buena manera de evaluar los logros de Kant. Pero Nagel no le hace justicia a la forma en que los Principios atacan la concepción de Hume de que los individuos son meras sumas o agregados, es decir, a la tesis reduccionista de que la identidad de un individuo se reduce o analiza en términos de relaciones entre átomos mentales; ésta es la concepción que Kant ataca oponiéndole una concepción de la identidad de los continuantes en términos de una base permanente de propiedades y disposiciones causalmente estructuradas. En este sentido Kant comparte con Leibniz el sentido de un continuante como algo primario, sobre y por encima de sus constituyentes o componentes.

Kant se aparta correctamente de Leibniz cuando éste se aparta de la tesis de la unidad verdadera y cae en la mistificación de la simplicidad como un criterio de la individualidad de un continuante. No es, como piensa Nagel, que Leibniz se equivoque porque parte de la noción lógica de identidad, pues nada impide enriquecer esa noción con cualesquiera otras nociones que sean necesarias. El error de Leibniz está en otra parte, a saber, en abandonar el problema de la unidad y caer en la idea absurda y estrecha de la simplicidad.¹

La teoría de Kant de los continuantes se ubica en el medio entre Hume y Leibniz, desechando el constructivismo reduccionista psicológico de aquél y el espiritualismo platonizante de éste. La limitación de Kant concierne, si asegura suficiente objetividad y realidad, a los continuantes, según apunté antes. Nagel cree que la objetividad y realidad están aseguradas, pero no parece ser así. Para citar un caso, dice Nagel:

el problema es cómo la categoría [de sustancia] puede mostrarse como esencial a la percepción de apariencias, cómo funciona para regular la aprehensión sensorial, cómo establece la posibilidad de los

¹ Cfr. mi artículo "La unidad sustancial en Leibniz *circa* 1686", III Simposio Internacional de Filosofía, vol. II, UNAM. (En prensa.)

otros principios que se requieren para dar cuenta de la percepción. Si esas cosas se muestran, se probará *a fortiori* que hay sustancia subyaciendo a la apariencia (p. 131).

Berkeley podría suscribir este programa y la afirmación subsecuente de que *hay* sustancia (debidamente parafraseada) sin abandonar su idealismo subjetivo. Nagel no parece percatarse del carácter y de la intensidad de las dificultades involucradas aquí.

Creo que Nagel es culpable de no haber tomado en cuenta la reciente literatura filosófica² que es relevante para intentar dar solución a las objeciones que he suscitado acerca de su interpretación. Empero, el escolar kantiano encontrará mucho que pensar y repensar con las abundantes reflexiones que provee Nagel acerca de los argumentos de Kant. Éste es un libro que todo estudioso avanzado en Kant deberá considerar detenidamente. Yo solamente he reparado en los aspectos principales del tema, pero hay muchas otras cosas valiosas que ni siquiera mencioné y que están conectadas con esos temas tan principales.

ENRIQUE VILLANUEVA

J. R. Catan (ed.), *Aristotle. The Collected Papers of Joseph Owens*, Albany: State University of New York Press, 1981, VIII + 264 pp.

El volumen compilado por John Catan consta de varios artículos de Owens, una de cuyas ocupaciones principales ha sido el estudio de Aristóteles. Se abre este volumen con un Prólogo del propio Owens, al que sigue un Prefacio del editor explicando la composición y procedencia de los artículos compilados.

Los temas que se tocan en estos artículos prácticamente abarcan todas las disciplinas principales de la filosofía: lógica, epistemología, física filosófica o cosmología, antropología filosófica, metafísica y ética. Son quince los artículos reunidos, que se ubican en dichas disciplinas según diferente proporción. El primero de ellos habla del carácter sapiencial que adjudica Aristóteles a su manera de hacer filosofía. El segundo versa sobre las categorías, recalcando el hecho de que han de entenderse como un tema a la vez lógico y ontológico. Viene después un tercer artículo sobre la concepción aristotélica de las ciencias, tema que interesa mucho en la actualidad, especialmente debido al interés que

² Cfr. el artículo de Shoemaker "Identity, Properties and Causality", en *Midwest Studies of Philosophy*, vol. IV. Metaphysics, Minnesota University Press, 1979.